



Revista Conflicto Social - Año 8 N° 14 - Julio a Diciembre de 2015

Editorial

Luchas ideológicas, batallas culturales y conflicto social.

“Cierto es que el arma de la crítica no puede suplir a la crítica de las armas, que el poder material tiene que ser derrocado por el poder material, pero también la teoría se convierte en poder material cuando prende en las masas. Y la teoría puede prender en las masas a condición de que argumente y demuestre ad hominem, para lo cual tiene que hacerse una crítica radical. Ser radical es atacar el problema por la raíz. Y la raíz, para el hombre, es el hombre mismo.”¹

Gran parte de la historia y de los modos del conocimiento en las ciencias sociales ha sido producto resultante de una *historia militante de la disconformidad social y del ejercicio conciente de la desobediencia social*. La continuidad de esta perspectiva –y su acumulación correspondiente– nos exige la producción de un conocimiento capaz de registrar y comprender el complejo y contradictorio desenvolvimiento evolutivo de la realidad social; solo posible de lograr a partir de una determinación que investigue y capte el proceso objetivo permanente del cambio social, *abandonando el territorio del uso clasificadorio especulativo del conocimiento preexistente*.

¹ Karl Marx: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, 1843.

Estamos cumpliendo casi una década de existencia de nuestra Revista, en la que siempre hemos tratado de reflexionar sobre los cambios políticos en la Argentina. Uno de los problemas que nos atravesaron desde el comienzo fue la constatación de la pérdida de atractivo académico de los conceptos fuertes que otrora definían constitutivamente el análisis de lo social, pasión que se expresa en la cita de Marx que encabeza nuestro editorial, escrita casi dos décadas antes de sentarse a escribir su gran texto de teoría científica, *El Capital*. Para quienes como nosotros colocamos siempre el conflicto entre fuerzas sociales como el primer eje explicativo del cambio social, por ser el núcleo de la lucha de clases y porque sin conflicto las clases sólo serían estratos ó niveles de desigualdad social, la *explicación última* de este viraje teórico debería buscarse en las grandes transformaciones del capitalismo a nivel mundial y nacional, entre países y dentro de los países, sobre todo a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial y de la caída del nazismo. La derrota de los socialismos reales –objetivo último no explicitado de los “aliados” occidentales, que le costó al pueblo soviético más de la tercera parte de los muertos de toda la guerra-² la agresiva avanzada militar norteamericana en el resto del mundo, la emergencia de las dictaduras militares en América Latina en los setenta y el auge posterior de las políticas neoliberales durante los años noventa, tuvieron su impacto en el terreno ideológico y repercutieron en el mundo académico y en el debate intelectual.

² Mientras se estima que el total de muertos de la Segunda Guerra Mundial llegó a más de 60 millones de muertos, sólo las bajas de la Unión Soviética superaron los 22 millones, pese a que supuestamente era una potencia “aliada”.





El eje ideológico del triunfo aliado instaló en el mundo la lucha contra el marxismo y el socialismo, por ser anticapitalistas, y adoptó igualmente los consejos prácticos de los generales que condujeron las luchas anticolonialistas producidas en Argelia, que especializaron al ejército francés en la aplicación de la tortura, y fueron proseguidas y aplicadas en Vietnam por los Estados Unidos. Ambos *saberes* – teóricos y prácticos- se articularon pedagógicamente para instruir a las fuerzas armadas de nuestros países en la llamada *Escuela de Panamá*, en tanto en Estados Unidos se les puso un nombre y apellido próximo, local, el del senador que agitó esa bandera reaccionaria, y lo llamó maccarthysmo. En realidad, lo que arriba llamamos “explicación última” de este viraje teórico no es sino la constatación objetiva del olvido –u omisión, o desconocimiento, o simplemente rechazo- de la teoría. Decíamos al respecto hace exactamente 9 años: ³

Para el sentido común dominante siempre ha sido sencillo aceptar la desigualdad social, cualquiera fuera el nombre con que se designara a los estratos existentes. No ha ocurrido lo mismo con los *procesos de confrontación* entre los desiguales, a partir del momento en que la sociedad comienza a “pensarse a sí misma”. No obstante, el desarrollo de los instrumentos sociales de dominio, y de los aparatos estatales de coerción ⁴ perfeccionados a lo largo de diversos regímenes –desde las monarquías absolutas hasta el imperio napoleónico y sus transformaciones posteriores- puede ser mejor comprendido si se observa el surgimiento de las *tradiciones de rebeldía*. ⁵

³ Izaguirre, I. (2006); “Movimientos sociales y lucha de clases. Sociogénesis de una sustitución conceptual en el mundo académico”, Buenos Aires, *Revista Crítica de nuestro tiempo*.

⁴ Varios autores han investigado este tema desde diversas perspectivas histórico-antropológicas-arqueológicas: Nosotros hemos seguido particularmente a Norbert E. (1987); *El proceso de la civilización, Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México: FCE; Canetti, Elías (1960); *Masa y poder*, Madrid: Alianza Editorial, y Foucault, M. (1976); *Vigilar y castigar*, México: Siglo XXI.

⁵ Tal como lo expresa Roberto Jacoby (1986) en *El asalto al cielo. Formación de la teoría revolucionaria desde la Comuna de 1871 a octubre de 1917*, cap. I. De este

Tales revueltas y transformaciones, cuyo ritmo se aceleró con el capitalismo, siempre fueron seguidas de operaciones de estabilización social más o menos cruentas. Para explicar esos procesos, el concepto de *lucha de clases* suele considerarse “superado” ó “fuera de moda”, en particular en nuestro ámbito académico, pero no lo es. Se trata de otro prejuicio –unido a una cada vez mayor ignorancia de la teoría- con el que nos enfrentamos quienes hacemos uso de estas herramientas.

En el mundo académico no marxista casi no se usa hoy esa terminología, que era sin duda mucho más difundida en la Universidad por lo menos hasta 1966.⁶ Pensamos que éste sería un indicador más, en el mundo intelectual y académico argentino, del triunfo ideológico de las dictaduras, en particular las dos últimas, en la medida que, como resultantes políticas de una colisión interburguesa, culminaron con el triunfo de las fracciones de capital más concentrado. En el plano de la confrontación político-ideológica que se dió simultáneamente con esos procesos, también prevaleció el antimarxismo, el anticomunismo, etc. como expresión ideológica *mundial* que acompañó históricamente al avance del capital, desde el triunfo de la revolución rusa hasta la caída de la Unión Soviética. Y en el mundo académico y en el debate intelectual, las posiciones teóricas representan tendencias, posiciones, que tienen su origen en otro lado: en los antagonismos sociales cercanos. En este sentido, no pueden dejar de mencionarse como factores que contribuyen a explicar la caída en desuso de conceptos fundamentales, la hegemonía ideológica del neoliberalismo y, en el

trabajo, realizado en el CICSO, hay una edición impresa en el CINAP (Centro Universitario de la cárcel de Devoto) en 1994, fuera del circuito editorial comercial.

⁶ Difusión que fue una de las consecuencias no esperadas del golpe militar de 1955 que derrocó a Perón, no por el contenido ideológico intrínseco (y retardatario) de las fracciones que lo realizaron, sino porque permitió el retorno del exilio –de los años 1945 a 1955- de numerosos intelectuales de izquierda, políticos y profesores universitarios, que cambiaron durante la década siguiente el clima cultural previo, sobre todo en Buenos Aires y las principales universidades argentinas.





plano de las “ciencias sociales”, el abandono de la teoría y de los llamados *grandes relatos*, impulsado por el discurso posmoderno fragmentador –o mejor, fragmentario- atraído por las confrontaciones sociales de grupos específicos, motivados por problemas profundos pero limitados; importantes pero que inhiben la visión del conjunto por su dominancia mediática y discursiva, tal como el incremento de la violencia interpersonal, la violencia de género y en general el abuso material sobre los cuerpos más vulnerables, más indefensos – indiscutiblemente dominante en los últimos quince años del siglo XX-. Y también en los quince primeros años del siglo XXI.

Si repasamos el índice de trabajos de este N° 14 vamos a encontrar en el conjunto de los artículos una respuesta positiva a la consigna del número: *Lucha ideológica, batalla cultural y conflicto social*. Hubo una gran respuesta al desarrollo del tema. Recibimos muchos y muy buenos trabajos. Seguramente acertamos en la denominación. Porque no hay una referencia a UN conflicto dominante, si bien en todos alienta una mirada desde la clase obrera y sus confrontaciones. Un solo texto, el de Alejo Mayor, analiza un proceso histórico de huelga de masas que va a cumplir un siglo, y que es el de los Talleres Vasena, de enero de 1919, que ha quedado en los anales de la historia de la clase obrera argentina como un hito en el desarrollo de su conciencia de clase : la Semana Trágica, con sus 700 muertos y más de 4000 heridos, en el mismo mes en que era asesinada Rosa Luxemburgo por un oficial del ejército en Berlín; y pocas semanas después de la derrota de la insurrección obrera alemana, perseguida y castigada por no haber querido ir a la guerra [la Gran Guerra, la 1ª Guerra Mundial], en que el nombre del proletariado quedaría indisolublemente unido a la revolución rusa y a sus máximos líderes teóricos, Marx, Engels y Lenin.

Recibimos también dos trabajos de análisis contemporáneo del marxismo, uno de Agustín Méndez, que compara y critica la aproximación de Habermas al psicoanálisis para el estudio de las comunicaciones en el mundo intersubjetivo, y propone avanzar con los aportes de Lacan y de Miller. El otro es de Santiago Roggerone, que indaga en los itinerarios político-intelectuales de Perry Anderson y Daniel Bensaid –a los que denomina “realismo intransigente” y “lenta impaciencia”-propuestas para dar nueva vida al marxismo como proyecto crítico y emancipatorio.

Le siguen cuatro trabajos que se ocupan de problemáticas específicas de la clase obrera: uno de Edna Muleras, que investiga la concepción subjetiva sobre la justicia social de dos grupos de trabajadores –muy afectados por las políticas neoliberales de la década de 1990- los obreros de una empresa de pescado de Mar del Plata en 2010 y los trabajadores que hacen cola para peticionar a San Cayetano en agosto de 2014. En ambos casos además controla las respuestas con la variable “devoción religiosa” de los entrevistados. El segundo se ocupa del significado –para la comunidad donde se practica- de la ayuda infantil en las tareas de *tarefa* de las plantaciones de *yerba mate*, actividad que, pese a las prohibiciones está totalmente naturalizada. El tercer trabajo analiza la movilización de una población “sin techo” en Mar del Plata, en el año 2009, que lucha por obtener una vivienda, y la estrategia de las autoridades para desarmar la protesta. El cuarto trabajo, más clásico, refiere el rectorado de Rodolfo Puigross en la UBA y el conflicto estudiantil que se desarrolla entre junio y octubre de 1973.





Finalmente se presentaron dos trabajos muy interesantes donde se analizan los debates culturales e intelectuales durante el gobierno de los Kirchner. Se trata de dos textos diferentes: el primero, de Adrián Pulleiro, trata de los debates intelectuales en la emergencia del Kirchnerismo, desde 2003 a 2007. Es una síntesis de su tesis de doctorado, y el resultado es muy interesante. Compara, en sus similitudes y contradicciones, dos revistas del período: *Punto de Vista*, publicada entre 1978 y 2008, en la que escriben varios intelectuales de orientación más liberal: Beatriz Sarlo, Hugo Vezzetti, María T. Gramuglio y Ricardo Piglia, que tienen una ruptura importante en 2004, y *Pensamiento de los Confines*, creada en 1995, en la que escribían Enrique Marí, Gregorio Kaminsky, Ricardo Forster, Héctor Schumukler y Oscar del Barco.

Pulleiro analiza el discurso de uno de los miembros de *Confines*, Natalio Botana. Su tesis principal consiste en que el oficialismo kirchnerista había impuesto conceptualmente una “república hegemónica” en detrimento de una “república democrática”. Por ello afirma que *la Argentina es un país peligroso porque tiene poco Estado y demasiada política*, entendida ésta como “práctica destinada al mantenimiento y la expansión del poder de un individuo, un grupo o una corporación”.

El segundo trabajo, de Javier Waiman analiza el *debate sobre la hegemonía cultural kirchnerista*. Se trata de un trabajo riguroso, que parte del planteo hecho en 2011 por diversos intelectuales que han planteado mediáticamente la pregunta sobre si realmente existe una hegemonía cultural kirchnerista. Ésta aparece como una respuesta ante el hecho nuevo de la recuperación política del gobierno, luego del conflicto con “el campo” de 2008. Esta problemática hizo necesario volver a los planteos de Gramsci, y dejar de lado los esquemas rígidos

del marxismo vulgar que plantean las correspondencias fijas entre el dominio de la esfera socioeconómica y la esfera ideológica. Se retoman los planteos materialistas de Marx sobre *los hombres haciendo su propia historia*, y lo cultural pasa a formar parte de la historia material, *como una de las formas de producción social de la existencia*. La calma social relativa de los últimos 4 años, a mi juicio, hizo olvidar que las luchas políticas siguen existiendo en todos los órdenes, y que la existencia de una hegemonía cultural no alcanza para corregir las falencias del modo de dominación capitalista. Estas falencias no son – como dice CFK- “lo que falta” hacer, porque en el capitalismo siempre van a existir la ley de acumulación, la explotación, y la apropiación del trabajo gratuito. Antes bien, la llamada *profundización del modelo* necesita de la hegemonía cultural –que es un conjunto de relaciones sociales de diverso tipo articuladas por un sentimiento de adhesión- para paliar sus efectos. Y tal como dice Javier Waiman en la nota 31: *No es casual que el “enemigo” que se enuncia desde el relato kirchnerista sean los “medios hegemónicos”, un enemigo productor de sentidos y no los grupos económicos y las clases poseedoras como núcleos del “poder real”.*

Sólo nos queda recordarles que en nuestro próximo número 15 les proponemos seguir con esta misma consigna temática, por la gran convocatoria que ha tenido el tema.

Inés Izaguirre
Diciembre de 2015

